

## PALABRAS EGRESADOS 2022

La buena noticia es que no voy a hablarles de la pandemia. La incomunicación que trajo aparejada es algo que me ha entristecido profundamente, y lo que menos quiero, en una ocasión tan feliz, es contagiarlas. Tampoco voy a hablarles de las dificultades a enfrentar en la nueva etapa a la que este fin de ciclo da comienzo; y ya que estamos, trataré también, en lo posible, de abstenerme de darles consejos acerca de cuál creo yo que es el mejor camino a seguir.

Quiero centrarme en la gratitud y la alegría que nos da el hecho de que nos hayan elegido; que nos acompañen en esta particular manera de vivir la vida que tenemos, que es formando una Institución. Noten, por favor, que no dije «formando parte de», sino «formando»... Porque, más allá de las instalaciones y los estatutos, la Institución somos las personas que nos reunimos a compartir un mismo interés, unas cuantas ideas y algunas creencias. Sobre todo la creencia de que reunirnos a compartir una parte de nuestras vidas vale la pena.

Ustedes no habían nacido cuando los primeros se juntaron para formar este grupo; y eso, inevitablemente, les genera la idea de que la Institución es algo sólido y perdurable. Algo material, que está allí y que seguirá estando siempre, pase lo que pase. Yo sí había nacido, pero era muy chico. Muchos años después, cuando entré en la Institución, al principio pensaba como seguramente pensarán ustedes. Con el trascurso del tiempo, y a medida que me fui involucrando más y más, mi manera de pensar la Institución fue cambiando varias veces de signo. No me voy a extender en esas vicisitudes, más bien quiero contarles como la veo hoy. Como no es algo fácil de expresar voy a intentar hacerlo a través de una metáfora.

Hoy pienso en la Institución como si fuera un fuego; no como un incendio imparable ni tampoco como la débil llama de una vela. Más bien como un fogón de buenas proporciones, pero al que, de todos modos, hay que alimentar continuamente. El papel de cada uno de nosotros –quien más quien menos– es acercar un poco de madera para que el fuego no se extinga; para que siga iluminando la noche y para que nos siga reconfortando del frío que significa estar solos.

Cuando escribí mi libro sobre el hábito de fumar, tuve ocasión de meditar mucho acerca del fuego; de su papel en el desarrollo de la humanidad, del significado y el valor que tuvo y tiene para el hombre. Me conmovía profundamente imaginar al hombre primitivo que, todas las noches, luego de las vicisitudes del día que le tocó vivir, se acercaba al fogón a recibir un poco de calor y seguridad, pero sobre todo a compartir con sus compañeros un poco de la parte espiritual que tiene la vida. Un fuego antiguo que alguien, alguna vez, hace ya mucho, había encendido; un fuego que era necesario alimentar para siga vivo, porque era más fácil evitar que se apague, que encender uno nuevo.

En el fogón que reúne a la tribu, no todos tienen la misma función. Están los que cuentan historias y también están los que las escuchan. Los que les toca contar, a veces eligen historias muy antiguas que recuerdan de sus ancestros, historias que vale la pena preservar. Otras veces cuentan historias nuevas, que acaban de descubrir, la mayoría de las veces las historias son una mezcla. No siempre son los más sabios los que cuentan su sabiduría, también los jóvenes necesitan contar sus historias y ver qué piensan los más sabios. Los que escuchan las historias son la parte más importante del fogón; ellos tratan de recordarlas y aprenderlas; hacerlas propias para después poder contarlas, a su debido tiempo, a las nuevas generaciones que no las conocen. Y así, entre todos, van tejiendo y, a la vez, preservando la historia de la tribu que es también su identidad.

Y si, de tanto en tanto, cada uno aporta su ramita, logramos que el fuego se mantenga encendido. Y a medida que la materia se consume y desaparece, el espíritu de los que nos precedieron se eleva con el humo, y se hace inmortal.

En los años de vuestra formación, para nosotros los profesores, ha sido un gran placer tener la oportunidad de contarles las historias de nuestra tribu; y ha sido también un privilegio que nos hayan escuchado con tanto interés. Y nos ha llenado de alegría haber podido constatar los frutos de esa tarea hoy, al ser nosotros, los que empezamos a escuchar las historias que ustedes ya tienen para contarnos.

Brindo entonces, por ustedes y por nosotros. Brindo por la tarea que nos reúne. Brindo porque podamos seguir manteniendo encendida esta llama que es el alma de nuestra tribu.